

La gestión del desorden

Alberto Montbrun

Doctor en Derecho y Ciencias Sociales
Profesor de Derecho Político, UNC

Publicado en Diario UNO de Mendoza, Opinión, Lunes 8 de abril de 2002

En el marco previsible y determinista del positivismo científico, leyes eternas e inmutables rigen los procesos del universo. El orden y el equilibrio son el presupuesto de la estabilidad y cuando los hombres en estado de naturaleza luchan todos contra todos, emerge, según Hobbes, el gobierno, como creación artificial encaminada a restablecer y garantizar la tranquilidad y la paz. La ciencia se erige en pura razón y las emociones y los sentimientos son descartados de su ámbito, porque adolecen de entidad material y dimensiones cuantificables.

Los Estados conciben unos dispositivos de control externo - las policías, la justicia, las cárceles – otorgándoles la potestad controladora, sancionadora y reparadora que conlleva el monopolio del uso de la fuerza.

En el contexto de la sociedad industrial, las carencias sociales generadoras del odiado y subversivo desorden son llenadas por un aparato estatal protector, que entiende de efectos y no de causas. Para ello, construye un modelo paternalista, clientelista y generador de dependencia siempre atento para brindar la pastillita tranquilizadora en el momento oportuno: la caja PAN, el plan Trabajar, el subsidio, el conchabo, la curita del comedor comunitario o cualquier otra mitigación epidémica siempre funcional a la plegaria del atontamiento.

Ya durante el siglo XIX, Darwin desde la biología, Hegel desde la filosofía, Maxwell y Faraday desde la teoría de los campos magnéticos y Marx desde la política habían estremecido con solvencia las bases del reduccionismo científico. Pero el universo ficcional del orden y el equilibrio terminó de saltar en pedazos recién a comienzos del siglo XX, cuando Einstein demostró su teoría de la relatividad y Heisenberg y Bohr sorprendieron al mundo con el “principio de la incertidumbre”. Mas tarde, el premio Nobel reconocería a Prigogine sus aportes para la comprensión de la irreversibilidad de los procesos vitales y la evolución fuera del equilibrio.

Desde entonces sabemos lo que ya nos advertía el más elemental sentido común: que el desorden, el desequilibrio y la impredecibilidad son las circunstancias normales de la vida – no las excepcionales – y que es a su gestión a lo que debemos atender y para lo que nos debemos capacitar.

Pero el reacomodamiento de la ciencia a lo largo del siglo XX, a través del salto paradigmático de la complejidad, no ha impactado todavía en nuestras instituciones políticas, que siguen operando sobre la base de las viejas ideas del iluminismo racionalista pero desbordadas en todas partes por la dinámica de una realidad que no se deja controlar ni gobernar por nada ni por nadie.

El cambio en el poder, desde la concepción newtoniana, lineal, rígida, vertical y posicional hacia una concepción cuántica, difusa, incierta, situacional y en red, no ha sido todavía percibido por nuestros líderes.

La crisis del modelo representativo partidocrático y la aún rudimentaria génesis de un modelo social autogestionario, junto a la terminalidad del capitalismo global y el colapso de los sistemas tradicionales de mantenimiento del orden, nos enfrentan a un dilema que es irreversible y de hierro: o seguimos intentando mejorar lo viejo o inventamos lo nuevo desde también renovados modelos mentales.

Desgraciadamente, el cambio en la ciencia no se enseña ni se entiende en las universidades argentinas, yacentes todavía en el telarañado y entrópico sueño del reformismo y resistentes a despertar a los desafíos heroicos de las nuevas realidades.

Carente de capacidad para gestionar el desorden y desbordada de perplejidad, una dirigencia histórica se hunde en el marasmo de su propia impotencia mientras resuenan lejanos los versos del viejo Lennon en *Revolution*:

“- ¿Dices que cambiarás la constitución? Bueno, ¿sabes?
¡A nosotros nos gustaría cambiarte la cabeza!”